

proclaman la cualidad de miembro. Los modos de vestirse, hablar y flirtear se convierten en señales de identificación para el muchacho que no tiene aún una segura identidad interior. Las costumbres y la indumentaria varían según los diferentes grupos socioeconómicos y étnicos y de un decenio a otro. Existen los *hoods*<sup>13</sup>, que se entregan a la lucha entre «bandas» y muestran una cierta promiscuidad sexual; visten chaquetas de cuero negro y se cortan el pelo de una manera característica (*duck-tail*), lo que les da un aspecto de «duros». Existen los jóvenes «hippies», los «teeny-boppers», que siguen o imitan prematuramente a los adolescentes mayores alienados; y otros varios subgrupos de adolescentes, incluyendo entre ellos a los que prosiguen estudios universitarios de mayor rango, que se consideran a sí mismos como *élite* y también visten de una forma peculiar, con un desaliño cuidadosamente estudiado. Como otras subculturas, la cultura adolescente tiende a poseer un lenguaje distintivo, con muchos términos que solamente son comprendidos por los iniciados. Menosprecian a los que no les comprenden, pero abandonan una expresión cuando ya es conocida por grupos más jóvenes o por los adultos. Las «fraternidades» y «hermandades» ofrecen al adolescente un ambiente al que pertenece y en el que se siente aceptado. Le dan categoría y estima de sí mismo por el mero hecho de estar integrado en ellas, haciéndole sentirse miembro de un grupo cerrado («in») y permitiéndole mirar por encima del hombro a los que están fuera. Existen también las fraternidades no organizadas, con procedimientos de iniciación menos formalistas, que se reúnen en alguna esquina, siempre la misma, en la que pueden encontrarse en cualquier momento camaradas para jugar a cartas o hacer apuestas. Otros grupos o *gangs* son más exigentes y la pertenencia a los mismos impone la participación en actividades antisociales, preparación para la ulterior pertenencia a grupos de delincuentes o semidelincuentes, aunque, afortunadamente, la mayoría se disuelven después de haber topado con la justicia y no llegan a constituirse en grupos criminales.

13. Palabra que equivale aproximadamente a «grupos». (Nota del traductor.)

Superación de la represión sexual

El equilibrio interior del individuo y la homeostasia familiar quedan trastornados por el intenso impacto de los impulsos libidinosos, de los que el muchacho tenía poca experiencia. La imperiosidad y la autonomía de los impulsos sexuales resultan extraños al adolescente y pueden asustarlo. En contraste con otros impulsos provocados por los instintos básicos, los padres no pueden ofrecer gran ayuda a los hijos en lo que respecta al control y satisfacción de los impulsos sexuales. Los padres pueden preparar al muchacho, estudiar con él estas cuestiones y darle consejos, pero es mucho lo que permanece como cuestión estrictamente personal, sobre todo porque implica separación de los padres y diferenciación respecto de ellos. Los impulsos eróticos de la infancia se dirigen a un progenitor, pero habían sido reprimidos en la resolución del período edípico por el miedo a perder el cariño de los padres y por la hostilidad punitiva, asociada frecuentemente, en el sexo masculino, a temores de castración. Pero en la adolescencia, se levanta la veda a la expresión de la sexualidad, aunque queda la prohibición de mezclar la sexualidad con el cariño a los miembros de la familia, y debe separarse la fusión entre los sentimientos eróticos y el cariño dirigidos a compañeros del mismo sexo, para permitir la fusión de la sexualidad y el amor en los afectos heterosexuales.

En la última época de la niñez, la represión de los impulsos sexuales había quedado arrinconada y estaba reforzada por muchas defensas del yo. La prohibición no podía levantarse simplemente por el mero hecho de alejarse de las instrucciones parentales ni aun por la actitud permisiva de los padres, porque se había incorporado firmemente al superyo. La supresión de la prohibición requiere cambios de actitud frente a la autoridad parental y una modificación del superyo que permita una mayor libertad en la expresión sexual. Podemos expresar conceptualmente la situación diciendo que el ello, habiendo adquirido una fuerza adicional a consecuencia de la maduración sexual, impulsa al yo a enfrentarse con las restricciones y normas del superyo, que eran adecuadas para el niño, menos sometido a la intensidad de los impulsos sexuales. Sin embargo, buena parte de la fortaleza y seguridad del yo, capaz de cuidar de la conducta del individuo y dirigirla, había sido obtenida mediante la identificación con los padres y la aceptación de su autoridad. Los intentos de rechazar al superyo equi-

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

valen a abandonar las identificaciones que habían dado fuerza y estabilidad al niño. Una brusca ruptura con la fuente de la identificación puede socavar al yo, provocar un intenso sentimiento de culpabilidad y originar una pérdida de autoestimación en este proceso para la adquisición de una mayor libertad de expresión. Los esfuerzos de negación del superyo pueden ser causa de una intensa ansiedad por miedo a que el yo, privado del soporte del superyo, pierda por completo el control del ello. Después de años durante los cuales el niño ha aceptado y aun admirado al padre, sintiéndose culpable cuando lo desobedecía, la consecución por parte del niño de la superación de la autoridad parental o de su interiorización en el superyo puede originar potentes sentimientos de culpabilidad y depresión. La hostilidad a la figura parental es considerada como equivalente a un acto hostil, por el que el niño siente que debe ser castigado y por el que tiende a castigarse a sí mismo. Generalmente, el adolescente necesita cambiar su posición poco a poco, establecer en sí mismo la seguridad y la confianza en su capacidad de hacer frente a los impulsos sexuales, adquirir normas para protegerse de un modo realista, ensayar sus límites de tolerancia frente a la ansiedad y al sentimiento de culpabilidad, modificar el superyo mediante la interacción con los grupos de compañeros que tienen problemas semejantes y aprender en la práctica que la expresión sexual no conduce a la catástrofe. Necesita llegar a todo esto antes de que pueda ser capaz de rechazar los cánones que tomó de sus padres.

El ciclo vital

Al apartarse de la familia, que había constituido la matriz de su vida, es natural que el adolescente se encuentre envuelto en numerosos conflictos con los padres. Pero muchas de las causas manifestas de los conflictos no son más que manifestaciones superficiales, racionalizaciones y desplazamientos del forcejeo sexual que le atrae hacia los padres al mismo tiempo que le aparta de ellos. Como gran parte de lo que sucede se halla bajo los efectos de la represión y se desarrolla inconscientemente, en consecuencia, con tendencias irracionales y contradictorias, el esfuerzo para presentar el desarrollo del período en términos de razón y de lógica no explica las ambivalencias, vacilaciones y contradicciones que caracterizan la adolescencia media.

Adolescencia

Como anteriormente se ha indicado, con el inicio de la pubertad, los anteriores sentimientos edípicos se reactivan y el adolescente puede incurrir en la fantasía, apenas disimulada, de conquistar al progenitor de sexo opuesto y sobrepasar de algún modo al de su mismo sexo o desembarazarse de él. Las fantasías se refieren explícitamente, de ordinario, a personajes ficticios substitutivos, pero en el comportamiento del adolescente se refleja claramente la renovada atracción hacia un progenitor y el resentimiento hacia el otro. En ocasiones, la existencia de la atracción sexual se revela de pronto a través de la represión, o la manifiesta revelación de un sueño despierta la alarma, pero, generalmente, lo que se produce es una inicial percepción de inquietud que despiertan los sexualizados sentimientos hacia el padre o la madre, inquietud que induce al adolescente a erigir una barrera y poner distancias entre él y el progenitor de sexo opuesto. Existen muchas semejanzas con la terminación del período edípico, y la manera como el niño resolvió entonces el intenso apego por la madre formó un modelo que tiende a repetirse en la adolescencia. No obstante, el adolescente no es un niño de cinco años y sabe que los hijos no pueden casarse con los padres, sino que han de buscar compañeros en el mundo exterior. De todos modos, la fuerza de las fantasías que tratan de soslayar estas consideraciones realistas puede ser muy grande y es posible que la conducta del adolescente se oriente a exteriorizar tales fantasías. Así, por ejemplo, una muchacha adolescente, no solamente puede ser capaz en sus fantasías de suprimir el alcoholismo del padre mostrándose más comprensiva que la madre y más interesada en el trabajo y aficiones del hombre que la madre, sino que puede empezar a estructurar su vida con la intención de ser la salvadora del padre cuando la madre se divorcie de él. O bien quizá un muchacho se prepara para el día en que será capaz de mantener a la madre, permitiéndole con ello arrojar fuera de casa al padre, dado a aventuras extramatrimoniales. El mayor desarrollo físico del muchacho adolescente es también causa de notables diferencias respecto del período edípico. No sólo puede temer las represalias del padre, sino también sus propios sentimientos hostiles respecto a aquél, porque ahora le iguala o supera en fuerza. En lo que se refiere a la muchacha, tanto ella como el padre pueden ser conscientes de los peligros de su mutua atracción y procurar despojar la relación de cualquier tonalidad sexual. En una u otra forma, la atracción edípica vuelve a ser reprimida. La necesidad de represión crea transitoriamente un sentimiento de culpabilidad referente a la

sexualidad, pero, en definitiva, lo que se reprime es la atracción al progenitor como objeto sexual. Podrá recobrase la libertad hacia personas ajenas a la familia y haber reprimido con seguridad los componentes eróticos del afecto al progenitor, pero este proceso es con frecuencia bastante largo. Cuando es necesario para los miembros de la familia separarse más o menos conscientemente como esfuerzo reactivo para huir de los sentimientos sexuales, mengua la espontaneidad de la vida de la familia y puede ser muy tensa la totalidad de las relaciones intrafamiliares. La situación más favorable es aquella en la que una estable coalición entre los padres, que mantienen límites apropiados entre ellos y los hijos, guía al adolescente hacia una inconsciente y satisfactoria resolución de su atracción por los padres, incluso en el caso de que tal situación ya hubiera contribuido a la antigua solución del problema edípico. Luego, cuando el hijo reconoce la finalidad de la pérdida del objeto primario de amor dentro de la familia, es posible que experimente un vacío y una depresión que le motivan para buscar una relación de amor más permanente fuera de la familia.

Superación de la dependencia con respecto a la familia

Necesitando liberarse de la atracción de uno de los progenitores, el adolescente empieza generalmente por negar la atracción devaluando las cualidades de este progenitor. Pero dispone de otros motivos inconscientes para esta devaluación. La progresión hacia el estado adulto exige del adolescente que supere sus deseos de continuar siendo dependiente, así como la idea de que los padres son más capaces de dirigir su vida que él mismo. Necesita demostrarse a sí mismo que es capaz de trazar su camino en la vida y no necesita basarse en los juicios y consejos de los padres. Sin embargo, sus propias directrices interiores derivan, en gran parte, de la interiorización de los padres y de sus normas y directrices. Estas restricciones interiores deben superarse tanto o más que las limitaciones procedentes explícitamente de los padres. El superyo debe reconstituirse para ser capaz de dirigir, no ya la conducta de un niño, sino la de un adulto. Se requiere un alojamiento para permitir una mayor libertad, pero también es necesario un fortalecimiento que le haga capaz de dirigir al yo con una menor supervisión de los padres.

Adolescencia

A pesar de que la modificación del superyo es un proceso intrapsíquico, implica ordinariamente una alteración de la percepción y evaluación de los padres, cuyos sistemas de valores fueron establecidos en forma de superyo. El muchacho empieza por establecer que no siempre saben los padres lo que es mejor y que tampoco son modelos ideales e insustituibles de virtud. Han pecado a veces y han cometido errores. Aun cuando sus valores y sus normas fuesen correctos en su tiempo, solamente eran apropiados para aquella lejana época anterior a la segunda guerra mundial, cuando el mundo estaba habitado por gentes menos complicadas. El muchacho se halla en pleno proceso de convencerse a sí mismo, tanto como a sus padres, de que él y sus padres son muy distintos de como eran cuando el hijo era sólo un niño. Desde hace bastante tiempo, habla y se comporta como si nada de lo que hacen los padres estuviera bien. Le es preciso convencerse a sí mismo porque está asediado por ambivalencias. Necesita a los padres y necesita liberarse de ellos. El péndulo oscila de un lado a otro y a los episodios de actitud negativa frente a los padres se contraponen períodos de regresión durante los cuales busca descansar del torbellino y volver a apoyarse en los padres que ama. Ordinariamente, la intensidad de la rebelión indica la violencia del esfuerzo que el adolescente necesita efectuar para liberarse más bien que una hostilidad básica contra los padres. Los argumentos del joven pueden ser ciegamente irracionales para que puedan ayudarle a eludir las contradicciones y el deseo de continuar apegado. Exagera la incapacidad de comprensión que pueda haber en los padres; vuelve a las quejas. Pero la lucha se desarrolla en su interior y los impulsos se producen en dos direcciones. La adolescencia es la época de la vida en la que el individuo quiere ser, y es, dependiente e independiente al mismo tiempo.

Lo típico es que el muchacho empiece a buscar defectos en los padres. El proceso puede iniciarse con una decepción básica al informarse de su vida sexual (su hipocresía al practicar lo que prohíben), pero busca después faltas que pueda atacar abiertamente y de las que le sea posible resentirse racionalmente. La actitud crítica frente a la conducta de los padres o, más aún, los ataques relativos a su carácter, representan un grave golpe a la autoridad y propia estimación de los padres. Tal vez se volverán éstos contra el ingrato vástago con espíritu vindicativo, lo cual conducirá a un círculo vicioso de incompreensión y actitud. Debemos tener en cuenta que el adolescente desea ciertamente liberarse del dominio de los padres, pero de ningún modo

una vez que se ha establecido que los padres... de su hijo... de su hijo... de su hijo...

El adolescente puede adoptar cánones de conducta severos en extremo. Al buscar la contención de importunos impulsos sexuales y detener las incursiones del ello que impondrían el abandono de sus anteriores formas de conservar la seguridad, el adolescente exagera a menudo las injerencias del superyo, para apoyar las fuerzas de represión. Tiende a juzgar a los padres con los mismos cánones que crea para su autodefensa y nadie sería capaz de vivir con la perfección moral que cree debe observarse. Más adelante, cuando sea más tolerante para consigo mismo, también lo será para con sus padres. Las críticas contra los padres y la mala comprensión entre padres e hijos disminuyen, por lo común, cuando el adolescente se siente capaz de independencia y sus percepciones y juicios acerca de los demás llegan a ser menos egocéntricos.

El ciclo vital

quiere anularlos. Todavía los necesita como objetos de identificación y también como objetos cuya admiración y afecto vale la pena buscar. Su propia autoestimación permanece estrechamente conexiónada con la estimación que siente hacia sus padres. En una etapa posterior de la adolescencia, después de haberse liberado de constrictivos controles interiores, cuando empieza a ver a sus padres con una perspectiva de adulto, vuelve a aceptar muchas de sus normas como parte de su yo y de su superyo.

El adolescente puede adoptar cánones de conducta severos en extremo. Al buscar la contención de importunos impulsos sexuales y detener las incursiones del ello que impondrían el abandono de sus anteriores formas de conservar la seguridad, el adolescente exagera a menudo las injerencias del superyo, para apoyar las fuerzas de represión. Tiende a juzgar a los padres con los mismos cánones que crea para su autodefensa y nadie sería capaz de vivir con la perfección moral que cree debe observarse. Más adelante, cuando sea más tolerante para consigo mismo, también lo será para con sus padres. Las críticas contra los padres y la mala comprensión entre padres e hijos disminuyen, por lo común, cuando el adolescente se siente capaz de independencia y sus percepciones y juicios acerca de los demás llegan a ser menos egocéntricos.

La desilusión real con respecto a los padres

Desgraciadamente, se generan a veces dificultades graves y persistentes entre los padres y el hijo cuando éste, buscando defectos en la conducta y el carácter de los padres, llega al descubrimiento de una decepcionante realidad. El joven obtiene con ello una victoria pírrica, que ensombrece la imagen de los padres y perturba su propio desarrollo.

Una adolescente fue acompañada al despacho del psiquiatra por la madre, que le parecía un modelo de honradez y eficiencia. Esta mujer había proporcionado a su hija unas vacaciones en Florida y la había provisto, con desusada prodigalidad, de vestidos de todas clases. Le dijo a la muchacha que dirigía un floriciente negocio de seguros. Pero la hija supo que el negocio de la madre no era lo que aparentaba. Los viajes que alejaban a la madre del hogar, una o dos noches

manera... de su hijo... de su hijo... de su hijo...

El adolescente puede adoptar cánones de conducta severos en extremo. Al buscar la contención de importunos impulsos sexuales y detener las incursiones del ello que impondrían el abandono de sus anteriores formas de conservar la seguridad, el adolescente exagera a menudo las injerencias del superyo, para apoyar las fuerzas de represión. Tiende a juzgar a los padres con los mismos cánones que crea para su autodefensa y nadie sería capaz de vivir con la perfección moral que cree debe observarse. Más adelante, cuando sea más tolerante para consigo mismo, también lo será para con sus padres. Las críticas contra los padres y la mala comprensión entre padres e hijos disminuyen, por lo común, cuando el adolescente se siente capaz de independencia y sus percepciones y juicios acerca de los demás llegan a ser menos egocéntricos.

Adolescencia

por semana, servían para reunirse con un rico industrial, que era su único cliente. La chica acompañó a la madre durante dos vacaciones y pudo ver al industrial, que se alojaba en el mismo hotel que ellas. Se dio cuenta también de que el padre, que no podía mantener a su familia en el rango que su mujer exigía, procuraba pasar por alto la infidelidad de su esposa, a pesar de que se trataba de una cosa sabida por todos en la pequeña localidad en que residían. La inevitable y necesaria pérdida de las idealizaciones infantiles, o el fracaso de los padres por no ajustarse a las exigentes normas del adolescente, es muy distinta de la desilusión que echa por tierra la imagen parental y, con ella, el superyo del adolescente.

En esta fase del desarrollo, cuando la solución de la situación edípica ha de ser repetida en una forma renovada, cuando el adolescente necesita modelos tangibles que pueda seguir hasta llegar a la edad adulta, el modo de ser de los padres y su interrelación cobran especial importancia para un armónico desarrollo del hijo. El adolescente ve ya al padre y a la madre como seres reales, como modelos reales, no como imágenes de la fantasía. Entonces, lo que el progenitor es en realidad influye en lo que el hijo quiere ser. El acuerdo entre los padres, el apoyo que se dan mutuamente, la admiración que tiene el uno por el otro, influyen considerablemente en el paso del muchacho por la adolescencia.

Dificultades para los padres

La adolescencia es una época de grandes dificultades para los padres y para el hijo en desarrollo. La confianza de los padres en el hijo, que han educado, y en su capacidad de educarlo se ve sometido a una dura prueba. El hijo, al que habían dedicado tanto cariño y esfuerzos, se va apartando de ellos. Ya no pueden supervisarlo y protegerlo plenamente y han de confiar en lo que le han inculcado anteriormente. Pero saben que a su hijo le falta experiencia y que su criterio no puede ser completamente adecuado a las nuevas situaciones con las que ha de enfrentarse. Temen que un momento de descuido o un juicio precipitado destruyan sus esfuerzos educativos, proseguidos durante años, y estropeen para siempre la vida del hijo. Una excesiva preocupación puede reflejar el deseo de los padres de impedir que el hijo repita los trágicos errores de juventud que ellos cometieron. De todos modos,